

JAIME GUZMAN

## UDI: nuevo estilo político



Casi nadie discute que la apertura política recientemente intensificada era y es necesaria para una transición pacífica y gradual hacia la plenitud democrática. Sin embargo, el espectáculo ofrecido por la mayoría de los actores de dicha apertura ha provocado un notorio desencanto ciudadano.

La sensación de que el reloj de la historia podría retrotraerse diez años, como si nada hubiese acontecido en Chile desde entonces, se perfila amenazante y descorazonadora. Los mismos líderes, estilos y vicios de hace una década han parecido copar la escena política.

Ante la frustración producida por tal perspectiva, quienes hemos formado la Unión Demócrata Independiente (UDI) queremos contribuir a forjar la profunda renovación de personas y estilos que nuestra futura vida democrática requiere.

Precisamente porque la realidad del porvenir diferirá en forma significativa de la existente antes de 1973, Chile no puede encarar exitosamente los nuevos desafíos permaneciendo apegado a moldes pretéritos ni a estilos caducos.

Es por ello que la UDI ha planteado la necesidad de asumir un nuevo modo de hacer política, donde la retórica hueca y rimbombante ceda paso a un lenguaje moderno, directo y con real contenido de ideas. Donde se prefiera siempre el raciocinio serio antes que la consigna descalificatoria o la mera argucia dialéctica. Donde el caciquismo o el caciquismo electoreros sean reemplazados por una acción organizada y eficiente al servicio de principios definidos y coherentes.

Los demócratas independientes aspiramos a ofrecer así un cauce válido a todos quienes quieran luchar por los principios y valores de una sociedad integralmente libre, cuyo enfoque sintetizado hemos creído útil presentar en nuestro documento fundacional, como una base orientadora para quienes de-

seen compartir nuestros esfuerzos.

Con todo, nuestro llamado apunta fundamentalmente a los amplios sectores ciudadanos que no tuvieron militancia partidista antes de 1973, ya sea porque se sentían reacios a los esquemas entonces predominantes en nuestra vida política, o bien porque han accedido recién en esta última década a la madurez cívica.

Son a esos miles y miles de hombres y mujeres tradicionalmente independientes, como asimismo a esas nuevas generaciones juveniles, a quienes de preferencia deseamos ofrecer un cauce que los aglutine, ajeno a rigideces disciplinarias o asambleismos trasnochados. Y son ellos quienes nos están dando una alentadora respuesta.

La UDI cree indispensable abrir esta nueva alternativa pero, con igual énfasis, subraya su amplia voluntad unitaria para converger con otros grupos o sectores afines en un futuro conglomerado o federación de partidos que ojalá congregue a todos los demócratas que se consideren ubicados en el centro o la derecha del espectro político.

Así como pensamos que la variedad de alternativas con perfiles diversos enriquece el cuadro político —especialmente después de una década de receso—, consideramos vital impedir que ello pudiere derivar en rencillas entre quienes compartimos afinidades fundamentales, debilitando nuestra necesaria unidad ante los comunes adversarios políticos.

La fidelidad de la Unión Demócrata Independiente a sus principios y a su estilo propio, será siempre un aporte que identifique nitidamente a todos sus miembros. Pero, a la vez, ello constituirá la mejor garantía de que los demócratas independientes sabremos siempre converger con otros afluentes en el río común que Chile requiera, por encima de cualquier bandera y con genuino espíritu unitario.

mientras no esté listo el estatuto de los partidos políticos no puede avanzarse en las otras sugerencias. Sólo en ese momento se sabrá quién es quién y cuántos son, de manera de poder trabajar sobre tierra firme. Habrá entonces directivas partidistas con las que podrá confeccionarse un calendario político en el que están contempladas las otras leyes y los plazos.

Como lo dijo el ministro Jarpa, el domingo 23, a la salida de la misa en celebración del quinto aniversario del pontificado de Juan Pablo II, "puede ser una idea interesante (la instauración de un congreso) si todos los sectores políticos se ponen de acuerdo".

La idea de un congreso "termal" ya ha sido planteada por varios grupos políticos. La Unión Demócrata Independiente (UDI) es partidaria de que "funcione en un plazo relativamente corto un congreso que ayudaría a descomprimir las funciones políticas actuales y permitiría un rodaje de las instituciones", como explicó Jaime Guzmán. También la Democracia Radical planteó la conveniencia de instaurar un congreso, idea compartida igualmente por los partidos Democrático Nacional y Nacional.

Más difícil es obtener el asentimiento de los sectores opositores, como también ponerse de acuerdo en el "cómo" llegar a este congreso. ¿Quién designaría a sus miembros? ¿El Presidente de la República, una comisión mediadora (idea de Guzmán), a través de elecciones parlamentarias (como quiere la oposición) o por un pacto múltiple de todas las fuerzas políticas?

Por este último sistema optó el presidente Carlos Ibáñez del Campo. En octubre de 1929, los presidentes de los partidos políticos fueron invitados por el entonces ministro del Interior a participar en una reunión para ver "la manera de ponernos de acuerdo sobre la distribución de candidaturas congresales, a fin de evitar la lucha electoral", cuenta Juan Antonio Ríos, presidente del partido Radical de esa época.

No fue fácil poner de acuerdo a liberales unidos, radicales, conservadores, demócratas y a la confederación republicana de acción cívica. Hasta que finalmente se designó al titular de Interior, Enrique Bermúdez, como árbitro y en las termas de Chillán se logró —en marzo de 1930— el consenso.

Han pasado 53 años. Hoy son bastantes más los grupos políticos que pugnan por el poder; los problemas son diferentes como también lo son las condiciones sociales, políticas y económicas. Pero hay una cosa que permanece invariable: un país no puede vivir en pugna consigo mismo, y su grandeza se mide por la capacidad que tienen sus ciudadanos para aportar su concurso en la búsqueda del bien común.

Carmen Gardeweg L. ■